

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

San Francisco Pi y sus milagros.

Desde el viernes 29 de Noviembre de 1901 un nuevo santo figura en el Santoral de la Humanidad: ese santo es San Francisco Pi y Margall.

Su beatificación no puede ofrecer duda. Si el don de milagros constituye el distintivo más patente de la santidad, ninguno de los bienaventurados que se adora en los altares realizó mayores portentos que los consumados por ese santo de la civilización, de la libertad y del derecho. Y si no, vayan ustedes contando:

Milagro literario:

Su pluma mágica transformó nuestra rimbombante, altisonante y ampulosa habla castellana, en una lengua seria, severa, concisa, llena de nervio y de expresión, ajustada al pensamiento como al cuerpo se ajusta la piel. La forma literaria revistió en sus escritos la suprema belleza clásica. Tiene la sobriedad de Tácito sin su afectación. Por un fenómeno nada extraordinario, sino muy natural, el primero de nuestros prosistas no tuvo acceso en la Academia Española.

Milagro oratorio:

Brilló como astro de primera magnitud en esta nuestra tribuna, escenario de la retórica, con su palabra apacible y serena, su acento tranquilo, su ademán sobrio y un poco frío, sin floreos, sin alharacas, sin apóstrofes, sin desplantes, sin gritos, sin manotadas y casi sin voz. Osó llevar al Parlamento la verdad desnuda. Su oratoria fué la del pensamiento y no la de los sentidos. Era la razón misma hablando.

Milagro político:

Alcanzó la popularidad y fué durante muchos años jefe de un partido popular, sin acometividad violenta ni espíritu sectario, ni aun emoción y electricidad comunicativas. Prefería persuadir á convencer. Habló siempre al juicio; nunca á las pasiones ó á la fantasía. Fué radical sin demagogia. Obtuvo para sí grandes adhesiones, pretendiéndolas sólo para las ideas. Difundió la luz que ilumina más bien que el calor que á veces abraza. Predicó para el porvenir. Mejor que jefe fué precursor. Más que la jefatura desempeñó el apostolado.

Milagro patriótico:

En días en que la opinión andaba extraviada, él dijo á su patria la verdad, la verdad amarga, la verdad entera, que hubiera evitado el desastre é impedido la ruina. Sólo aquel austero patricio tuvo entonces en España el valor de su convicción. Dijo la verdad en vano, pero la dijo impunemente. Ni las turbas enloquecidas ni los gobiernos ciegos y despóticos osaron por ello hostilizar al estadista y al patriota. Tan grande era su autoridad.

Milagro ético:

El restauró, en esta nuestra España decadente y corrompida, las clásicas virtudes de los Aristides y Catones. Ninguno de aquellos eternos modelos de la sublimidad moral le aventajó en austeridad. Pi tuvo sobre ellos el superior merecimiento de haber vivido en un medio moral infinitamente más bajo, conservándose puro é inmaculado en una sentina. Jefe un día del Estado, dejó el poder para volver á su pluma, como Cincinnato á su esteva. Pobre, halló medio de regalar á su país, renunciando á cobrar su cesantía, más de 60.000 duros, la fortuna de una familia. Abogado insigne, vivió estrechamente del producto de su trabajo, mermado por su austero desinterés. Su consecuencia fué ejemplar, y será legendaria. De ella hizo un culto, casi una idolatría. Su figura moral destaca del negro fondo de la sociedad en que ha vivido, como la de aquellos grandes estoicos, vestigios de la vieja virtud romana, á quienes cupo en suerte presenciar indignados las bacanales de la podrida Roma imperial. Aun á esos justos superó por la bondad; severo consigo mismo, dulce é indulgente con los demás.

Y milagro cronológico:

A los setenta y siete años Pi ha muerto en plena juventud. Es un mancebo arrebatado á la vida por los rigores de la anemia senil. En las naciones que envejecen suelen así trocarse las edades. Los niños nacen decrepitos; la lozanía juvenil es distintivo de la ancianidad. Nunca hubo en el mundo viejo más joven que el que acaba de abandonarnos. Jamás los hielos de la edad entibieron los entusiasmos de aquel á quien solían llamar sus destructores el hombre de hielo. Ningún desengaño

menoscabó su fe en los grandes destinos de la Humanidad y de la patria. Preocupado por todos los grandes problemas contemporáneos, atento á todos los latidos de la opinión universal, ese hombre del porvenir fué como nadie el hombre de su tiempo. En vísperas de bajar al sepulcro, nuestro grande anciano acudía al seno de la juventud para confortar los espíritus de la nueva generación con acentos viriles de animación y de esperanza.

Tales milagros hizo en vida el nuevo San Francisco: muerto, aún los ha hecho mayores. Como todos los grandes santos de la fe de que nos hablan las leyendas, este santo de la razón comenzó á operar, apenas fallecido, prodigios de ultratumba. El llevó la sinceridad á nuestro Parlamento, donde acaso por vez primera se dió el fenómeno de que ni uno sólo de cuantos contribuyeron á tributar al varón justo el merecido homenaje, dejara de poner en los labios lo que pensaban las inteligencias y los corazones sentían. El hizo enmudecer al fanatismo, obligándole á reconocer, mal de su grado, que la virtud más excelsa puede ser librepensadora. El unió durante veinticuatro horas á todos los españoles de todas las clases, sentidos, opiniones y procedencias en un sentimiento común, maravilla inaudita jamás realizada desde los tiempos de Tubal. El ha logrado que del fondo de este charco infecto y cenagoso que se llama sociedad española, se alzara un himno unánime en glorificación de la virtud y de la grandeza moral.

¿Quién sabe! Si tamaños portentos realizó el grande hombre, aun antes de que cubriera sus restos mortales la tierra sagrada del cementerio civil, ¿por qué no hemos de esperar de él en el porvenir otros portentos mayores? Acaso sirva su memoria augusta para regenerarnos á todos. Acaso ante ese sepulcro consientan los republicanos en hacer á las ideas el holocausto de sus rencores. Acaso sea esa muerte el comienzo de una nueva vida, y una de redención para la patria la tumba de uno de sus más ilustres hijos. Bastará para ello que los fieles de la religión del progreso supiéramos inspirarnos en el ejemplo del apóstol.

Si un nuevo santo figura de hoy más en el Santoral de la Humanidad. El Papa no le canonizará, pero le canonizará la Historia.

ALFREDO CALDERÓN.

LA EMIGRACION

Cuando mi madre en las calladas noches
Vía una estrella el cielo recorrer,
Levantando las manos exclamaba:
«¡Dios te guíe con bien!»

Desde entonces, cuando un gallego veo
Que el suelo deja que le vió nacer,
Y abrigo busca en otras playas, digo:
«¡Guíete Dios!» también.

No le culpo ¡cuitado! no le culpo.
Castigos no deseo para él;
Ni me quejo tampoco de que parta
A donde tenga á bien.

Que aquél que deja su rincón nativo,
Y á extraño suelo va á poner los pies,
Para trocar lo cierto por lo incierto,
Motivo ha de tener!

Preguntadle y dirás que sin leña
El fogón y sin riego la ardua mies,
Sin pan el hombre y sin aprisco el hato
Morirán de hambre y sed.

Os dirá, sí, que escaso lo que gana
Para las arcas del señor y el rey,
Hace un mes que al hogar no se calientan
Sus hijos y mujer.

Os dirá, sí, os dirá que porque un predio
Compró de una obra pía á no sé quién
No enterrarle en sagrado juró el cura
Si llega á fallecer!

Y os dirá que allá lejos, allá lejos,
Allende el mar que amenazante ve,
Si libertad, si pan no logra, santa
Tumba hallará tal vez!

Mas ¿quiénes sois vosotros, gente inicu,
Los servidores de un poder cruel,
Que así las áureas alas de un espíritu
Aherrojar queréis?

En virtud de qué pródiga promesa,
En nombre de qué Dios, ni de qué ley
Queréis que aquél que á muerte condenasteis
No huya, si puede ser?

¿Que le ofrecéis en el nativo suelo
A ese que á cruzar va mares de hiel?
¿Resignación?—Con ella no se come...
¿Fe? ¡No le basta fe!...

¡El velo descorred de la Justicia!
Dadle trabajo, libertad, saber...
Digna no es de sus huesos una patria
Do no halla su sostén.

Dicen que, como el Miño, nuestro pueblo
Quiere morir donde logró nacer;
Pero el sueño del río es sosegado
Y el suyo no lo es.

Mullido lecho tiene el feliz río
Que perfuman la rosa y el clavel;
Túvolo el pueblo... y ¡ay! se lo vendieron,
Y ahora sin él se ve.

¡Dejadle que lo adquiera donde pueda!
Dejad al triste Job, que enfermo veis,
Buscar el muladar donde se cure;
Mas ¿sanará?... Tal vez.

La civilización, como la alondra,
Cambia de clima en anual vaivén;
Pretender que no emigren y matarlas,
Lo mismo viene á ser.

M. CURROS ENRIQUEZ

LAS GALANTERIAS DE LA BIBLIA

ADAN Y EVA

Sabemos á costa nuestra cómo la primera de las serpientes tentó á la primera de las mujeres, y cómo nuestro primer padre comió el fruto que su esposa había mordido ya.

Aquello les costó la inocencia, y á nosotros también.

Ardientes de amor, bajo las frondas cerradas al día, desafián la prohibición del cielo y parecen temer la vuelta de su primera ignorancia. Mas ¡ay! es imposible.

A los transportes ardorosos sucede la embriaguez tranquila, y en esto un ruido se deja oír.

¡Cielos! ¡Es el propio Jehová!

Su turbación, su temor es extremo. Para escapar al ojo divino, emprenden la fuga y se ocultan más que de prisa en lo espeso del bosque cercano.

El Señor los llama, y con tono irónico y dulce les dice:

— Pareja obediente y fiel, Adán y Eva, ¿dónde estáis?

Ninguno responde.

— Iré en persona á prender y sabré castigar luego á los insolentes que, estando tan cerca, no quieren oírme.

A este nuevo mandato les es preciso abandonar la espesura, y tomando hojas de una higuera, se hacen con ellas un vestido.

Con tan estrayagante atavío se adelantan, aunque lentamente, con los ojos bajos y baja la cabeza, juntando las manos, pidiendo perdón, confusos, trémulos y consternados, incapaces ambos de mentir, como verdaderos culpables ya juzgados y condenados.

Adán precedía á su amiga, Eva, temerosa y hablando poco, no hubiera podido responder á su Dios.

El pecado la había embellecido.

De antemano estaba instruido su proceso; aún suspira de amor, y en su semblante puede leerse claramente lo que ha hecho durante la noche.

Por encima de la verde camisa, que no sustrae sino á medias el contorneado alabastro de su cuerpo á los ojos del terrible juez, extiende prudentemente la mano sobre lo que tiene más culpable... y sobre lo más encantador que tiene.

Dios se sonríe y murmura para sí: «¡A buena hora!» mas pronto, volviendo á tomar el aspecto de Señor supremo, con la frente severa, dice en alta voz:

— ¿De dónde venís?

— De ese bosque.

— ¿Por qué traéis esos vestidos de hojas? ¿A qué equiparse así?

— Yo estaba desnudo, mi compañera también,

y no nos atrevíamos á aparecer ante vuestros ojos en estado tan poco decente.

— Ayer no sabíais nada de esto. ¿Por qué casualidad habéis conocido la decencia y el pudor?

— ¿Señor!...

— ¿Qué?

— ¡Eva es tan hermosa!... ¡La manzana es tan dulce compartida con ella!...

— Pues pagarás esa dulzura, hombre ingrato. Y usted, su cómplice; usted, cuyo equívoco rubor y ese airecillo desdenoso parecen acusarme de injusticia, usted saldrá con él de estos dichosos jardines. Salgan ustedes, pues; salgan sin volver la cabeza. Esta mansion honrada no se ha hecho para libertinos.

A tan dura reprimenda añadió estas últimas palabras:

— A propósito: os recomiendo que crezcáis y os multipliquéis.

— ¿Sexo encantador! ¿Quién, insensato, se opondrá á tu imperio? La misma Eva te legó el don de agradar y seducir.

Cuando sonriendo, y con la boca húmeda, Eva ofreció en un beso tímido á los labios de su joven esposo el fruto que ella hacía tan dulce, á pesar de la amenaza cruel de un dueño que sabía castigar, Adán quiso perderse con ella, y con ella morir.

Maldecido por su juez severo, sin recursos y errante sobre la tierra, decía sonriente:

— Eva, ¿tú me amas? Yo te adoro. Aún nos queda el beso. Y créeme:

¡Ese es el paraíso!

¿Qué opina usted de Casañas?

Hombre, le diré á usted; Casañas, Casañas, no es mala persona; pero le está dando cada disgusto al Gobierno... ¡Si no fuera por las recomendaciones que se trae!... — *Sagasta*.

Ese obispo es un Morgades multiplicado, créame usted á mí. — *Romero Robledo*.

Comparado con D. Opas, me parece una buena persona. — *Romanones*.

Es un bicho de cuidado, y perdonen ustedes la comparación. — *Duque de Veragua*.

Libreme Dios de hablar mal de ningún representante de la Iglesia. — *Silvela*.

¡Alabado sea el Señor

que tales obispos cria! — *M. de Pidal*.

Así, así se gana el cielo, predicando en catalán y hablando mal de los muertos. — *Canalejas*.

Con cuatro obispos como ese, mi triunfo sería seguro. — *D. Carlos*.

¡Vaya un gachó del arpa! — *Aguilera*.

Ese es otro que se masturba... cerebralmente. — *Roiq Bergadà*.

Bueno; pero yo pregunto: ¿Ese es un obispo de D. Carlos ó de doña María Cristina? Porque ese es un punto á averiguar. — *Muro*.

Es el último de los hombres y el primero de los obispos. — *Lerroux*.

¡No me toquéis á Casañas! Ese hombre es para mí sagrado. ¿Que por qué? Ese es mi secreto. — *Marqués de Teverga*.

¿Conoce usted la fábula del asno disfrazado de león?... — *Azedrate*.

¡Ese hombre, digo, ese obispo, está haciendo odioso el catalanismo! — *Blasco Ibáñez*.

Me parece un admirable característico. — *Paraiso*.

¡Pero si resulta que no sabe hablar ni en catalán. — *Weyler*.

¡Perdónalo, Dios mío, porque no sabe lo que se dice! — *Maura*.

Yo creo que tiene excelentes condiciones de autor cómico. — *Melquiades Alvarez*.

¡Al fin, hermano espiritual de Polavieja — *Dato*.

¡Fío mucho en ese hombre. — *Barrio y Mier*.

¡Tiene el cráneo completamente catalán! — *Roberts*.

¡Vaya un pez con salsa verde! — *Alfonso González*.

¡Catalanista! — *DON QUIJOTE*.

DE LA CALLE

He visto la otra mañana, en la calle, dentro de un coche blanco, un ataúd chiquito color de rosa. ¡Qué extraño aquel juguetito de la muerte, besado por el sol matinal, por el sol claro, pacien-

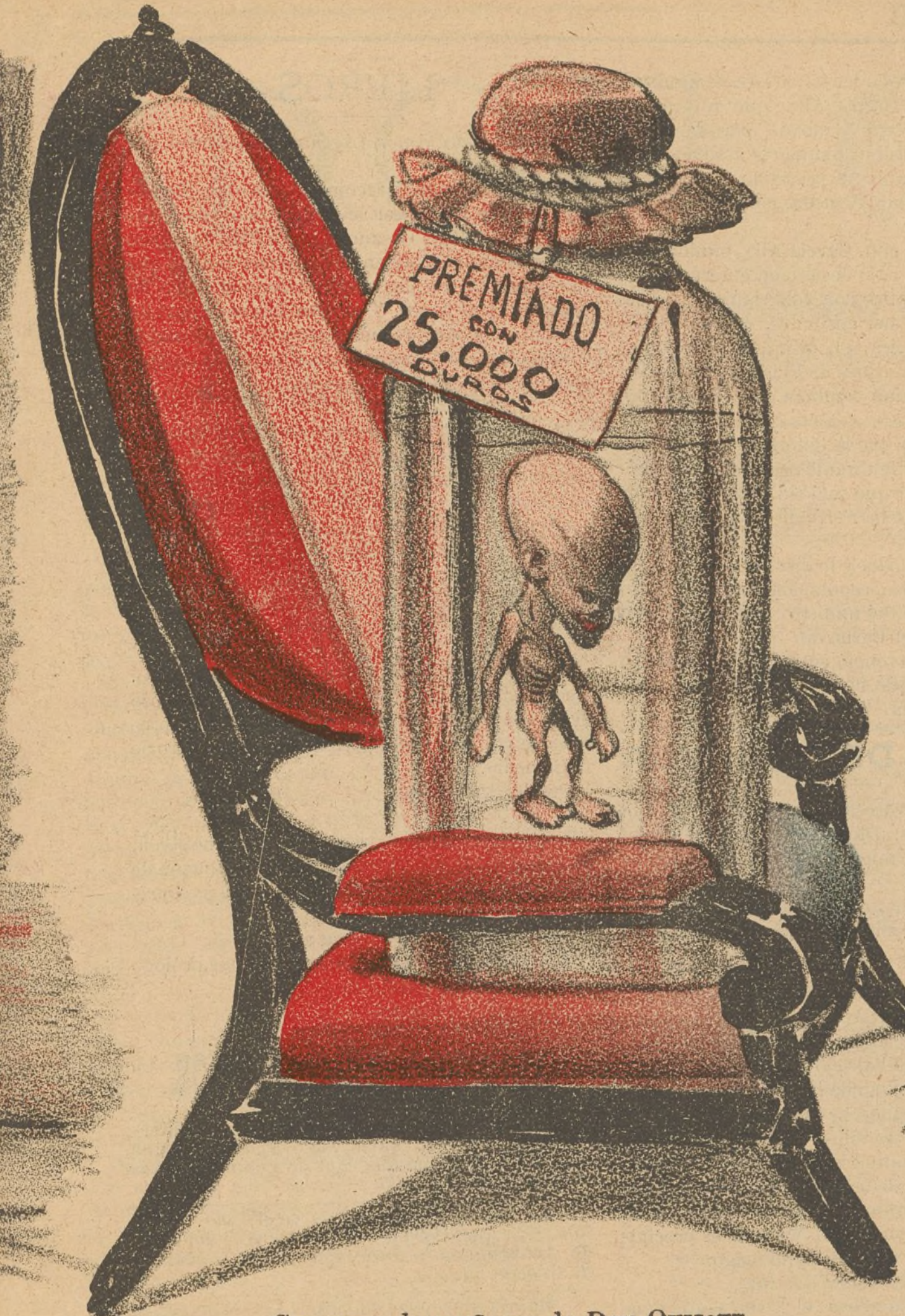
DON QUIJOTE



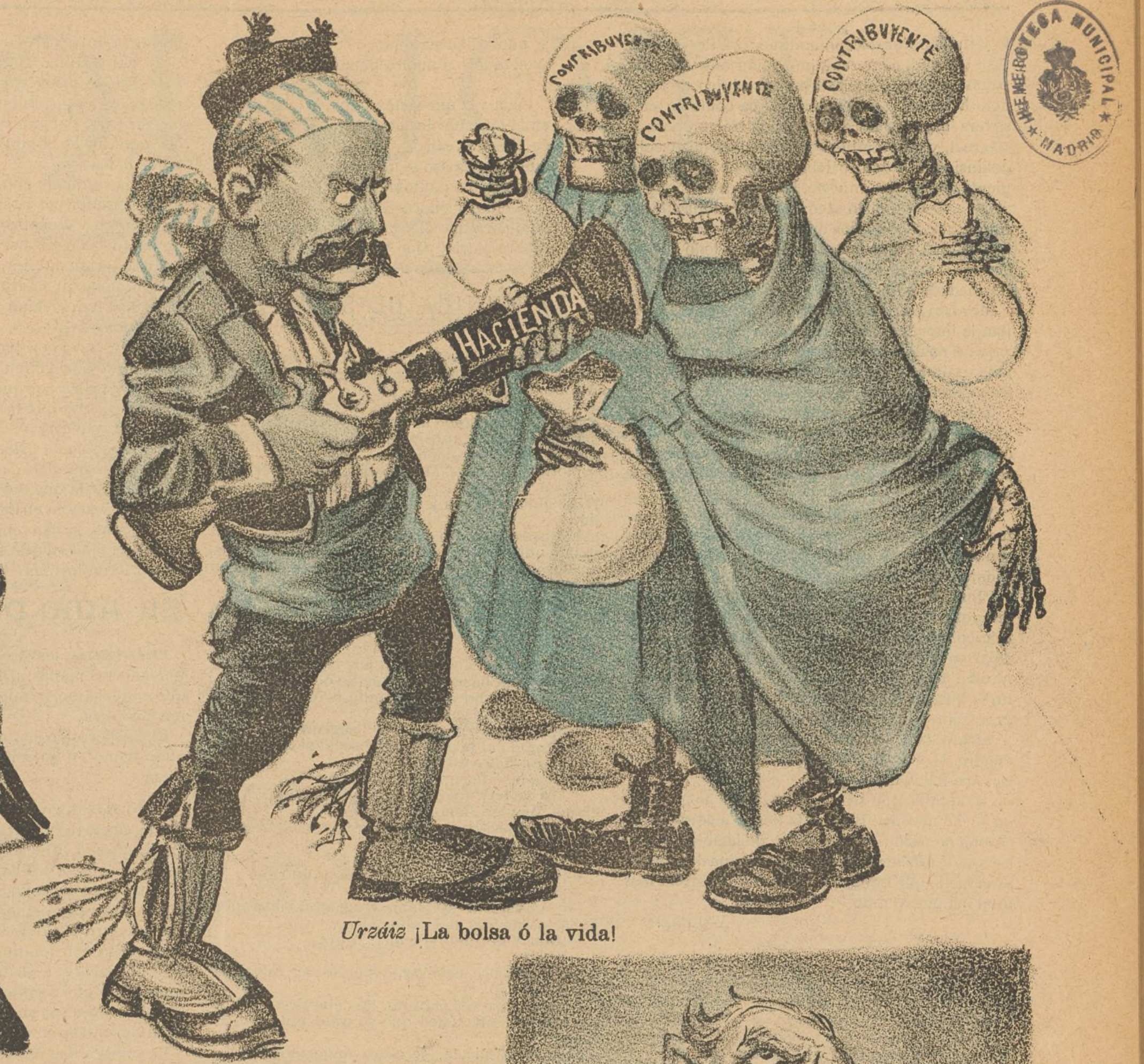
Hasnel und Gretel (Sagasta y Silvela).



Pasa moreno, oye Maura.



Concurso de muñecas de DON QUIJOTE.



Urzáiz ¡La bolsa ó la vida!



CABEZAS DE MINISTROS.—Duque de Veragua.



—Ojo conmigo, porque si sigues predicando en catalán te arranco la lengua.



Siembran vientos y recogerán tempestades.



El Purísimo D. Práxedes.

Ayuntamiento de Madrid

te y tímido. Pasaba con lentitud, con tierna y llorosa lentitud, como una impresión obsesionante, como un esbozamiento tímido y trágico de Rusiñol. El ataúd iba de espaldas, iba como en cruz severa bajo sus flores brías; y reía un poco su oro real, y reía también su recto brochazo color de ilusiones. Y dentro del estuchecito de raso crugiente, iba el beso muerto, las manos pálidas cruzadas sobre un lirio seco; la frente impasible al tumulto de la vida; los ojos hundidos en la sombra de una inmersión suprema, y en todo el tono de cera brusco, el duro tono que grita: ¡Yo soy lo irremediable!

Mirando con tumulto de ideas, el coche que se iba, la impresión de la calle desapareció; y vi los zapatos azules, la mariposa de oro de una cargada extinta, y el espejo diamantino de un alma asomada a unos ojos asustados de vivir.

Y de pronto la muerte, en un largo silbido de alondra herida en el cuello; y con la muerte un deshojamiento salvaje y violento de aquella flor-recilla de azahar que se balanceaba alegremente en su tallo.

Y bien, el coche se alejaba lenta, dulce, gravemente. Aquí y allá, el odio entonaba sus truenos roncós; aquí y allá, la vida arrastraba su cruz, sudando su agonía.

Vibraba en el aire la sensación de un grito supremo, con el alma de todo lo doliente, de todo lo trágico. Era como el crasgamiento que debieron dejar en el aire las siete palabras de la carne torturada. Y por en medio de aquel ambiente de torturas humanas, el cochecito fúnebre parecía alegre, como envuelto en un apoteosis de risa clara; y alegre también el héroe chiquito de aquel cuadro, el blanco Lohengrin, que caminaba en su capa hacia el misterio.

Cualquiera que sea, vale más que lo que rige en torno nuestro. El va a la tierra madre que se corona de nardos y se constela de jazmines; él se escapa de este aire, como la golondrina de morado terciopelo, que emigra, entonando la estrofa matinal del nuevo nido.

A. LUNA.

¿NO HAY REMEDIO?

¡Válgame Dios y qué crisis nuestro teatro atraviesa! ¡Qué de revistas insulsas! ¡Qué de gracias tan groseras! ¡Cómo se pervierte el gusto de nuestra clásica escena, que fué la mejor de todas en variedad y riqueza! El que quiera hacerse rico que escriba cuatro pamemas con el siguiente argumento: Un extranjero que anhela ver España. Un caballero con poca gracia ó sin ella, le acompaña á todas partes, y le hace ver como es esta la peor de las naciones. Un chulo, pero que tenga su navaja consiguiente y diga cuatro simplezas burlándose del gobierno, ¡de su estampa y de su abuela! Luego un guardia de orden público, gallego por excelencia. (Entre aguadores y guardias nos han sacado á la escena, todo Lugo, todo Orense, la Coruña, y Pontevedra.) Después, *¡viste mucho un coro de muchachas muy ligeras, ¡ligerísimas! de ropa, que canten algo que encienda. Luego un maestro que lllore y pida lo que le deban (por más que ya, á los maestros, los van dejando en la escuela). No ha de faltar el cesante, ¡es un tipo de primera! Ni criadita sisona, ni muchacha pizpireta, que chapurree el francés, cuando no sabe su lengua. Ni la chula, que se cante á se baile malagueñas. Ni el gomoiso impertinente, ni el constante calavera. Son tipos indispensables que se han de sacar por fuerza. Luego un tango, aderezado con mostaza y con pimienta, de esos que aquel que los oye se pone rojo cereza. Si puede sacarse un toro, entonces ¡obra completa! Todo esto sin argumento, ni cosa que lo parezca. Desfile de mamarrachos, unos salen, otros entran, se dicen cuatro bobadas, cantan varias indecencias,*

¡y un éxito asegurado!
¡y el dinero á manos llenas!

Cada vez que reflexiono en la horrible decadencia de nuestro teatro, y veo que paso á paso se acerca á la innoble pantomima licenciosa y chocarrera, digo para mi coletor: ¡Pobre patria! ¡Qué vergüenza!

LA TUNICA DE SAGASTA

Al hablar de la túnica de D. Mateo, no nos referimos á la comfortable bata que usa para recibir á Alfonso González, y para repartir sonrisas y tazas de café á los correligionarios de su intimidad.

Como Cristo desde la cruz, D. Práxedes, amargado por la bilis, está viendo como se juegan al tute su túnica presidencial.

Moret, Canalejas, Montero Ríos y Weyler, sentados á la oriental, sobre la alfombra que hay junto al lecho de su jefe, han comenzado la partida.

El ilustre enfermo duerme profundamente, soñando quizás en lo que está ocurriendo á los pies de su cama y en que no debía permitirse jugar ni al tute de aspirantes.

—¡Las cuarenta!—dice Weyler.

—A verlas—dice Moret.

—Aquí están; yo cuando acuso es porque tengo las cartas.

—La túnica va á ser para mí; dice Canalejas, ganando una baza con el caballo deoros.

—¡Te va á estar chica!—contesta Montero Ríos, fallando una brisca á Moret.

—¿Qué pinta? pregunta D. Segismundo, muy compungido al pensar en que se le va de las manos la sagrada vestidura.

—Espadas—le contesta Canalejas.

—¡Ya no hay más triunfos que los míos!—exclama Weyler, lleno de alegría.

—Baje usted la voz, no se despierte el presidente—le dice Moret.

—¡Arrastro!—vuelve á gritar D. Valeriano.

—¡Este concluye por arrastrarnos á todos!

—¡Se la lleva!

—¡¡Arrastro!!—exclama el general, levantando las posaderas de la alfombra.

—¡Don Valeriano!—le dice Moret.

—¿Qué?

—¡No arrastre usted tanto, que se va á estropear la túnica!

—Como va á ser para mí, no debe preocuparse por eso; ya sabe usted que yo trato muy mal la ropa.

Sagasta despierta, se estira majestuosamente, y al mudar de postura sorprende la partida de juego.

—¿Qué es eso? ¿Se juega?—dice.

—¡A la mona!—contesta D. Segismundo.—

—¿Quiere usted jugar, D. Práxedes?

—¿Con ustedes? ¿A qué?

—A lo que usted quiera.

—¡Al mico!

DIOS

POEMA MICROSCÓPICO

Adhiriéndose al alto campanario como al olmo la hiedra, la línea gris del cine de un pararrayos vigorosa destácase en la piedra. Más alto que la cruz, que simboliza de Dios la eterna idea, el dios perecedero del trabajo sobre la torre triunfador se eleva.

Luchan allá en la altura hondos misterios y pujantes fuerzas: Porvenir y pasado y religión y ciencia; la cruz y el pararrayos no se abrazan, se aprietan como en un cuerpo á cuerpo, hierro en mano dos rivales se estrechan...

Si es cierto que el Eterno forja sobre las nubes la tormenta, si es el rayo destello de sus ojos y si es su voz la que en los cielos truena, podrá ser que la punta de platino con que amparó á la cruz la inteligencia valga más que el Dios-hombre á quien protege y más que el Dios-eterno á quien enfrena?

¡Viejas preocupaciones!
¡Realidad y mentira!
Esto matará aquello
como al olmo la hiedra.

M. PÉREZ DE LA MANGA

CARICATURAS

GARCÍA ALIX

A la muerte del general Cassola quedó García Alix con el sobrenombre de la «Viuda Triste». Ello se explicó entonces porque el ministro de Instrucción pública estuvo llorando el fallecimiento de su jefe, tanto como Orfeo á Euridice. Pero la pena pasó pronto.

García Alix se consoló, formando parte de las mesnadas de Cánovas, como formárala de las de Sagasta antes de la disidencia de Cassola.

A partir de entonces, García Alix, mariposeó por todos los campos de la política monárquica en

pos de la dulce corola, léase cartera de ministro.

Y ¡oh! fortuna, García Alix, que nunca hubiese sido ministro con Cánovas, porque éste se reía de los tontos, hubo de sumarse á Silvela para formar parte del gabinete presidido, según frase del muerto de Santa Agueda, por el tonto más tonto de los tontos.

Así ha resultado ello. García Alix, orador melifluo, pensador por bajo de cero en el termómetro intelectual, y escéptico con volterianismo ridículo, ha quedado en sus gestiones, como ministro de Instrucción pública, á la altura de la fresa, haciendo bueno al marqués de Pidal, su antecesor. De Bellas Artes, ramo también de su ministerio, no hablemos.

No hay cosa peor que la ignorancia y la temeridad. Temerario é ignorante es nuestro hombre.

No se explica por qué está sin brazos la Venus de Milo, y cree que la Perla de Rafael era una joya de Lagartijo.

Eso sí; habla de todo, y lo discute todo.

Ha tenido una falsa reputación de hombre inteligente hasta que fué ministro. Ese día se quitó la careta y acabó el Carnaval.

Y la gente se convenció entonces de que era de la misma madera que su jefe: de la madera de los tontos... con fortuna.

EL AMO DE LA JAULA

En la iglesia, fervorosamente arrodillado, dijo, uniendo sus manos: ¡Dios mío! ¡Dios mío! Haced que si he de morir, muera de día, al sol; la noche me horroriza.

El chisporroteo de una lámpara de aceite en el altar, tomó en su alma el carácter de una promesa.

No le habían dejado aquel año ir á la capital á seguir su carrera, porque el pobre joven estaba muy enfermo. Todos los días acompañaba á su padre al campo; por consejo del médico.

Aquella tarde, concluida la tarea y lleno el carro de secos sarmientos, se encaramó el enfermo trabajosamente sobre ellos, y la cansada mula emprendió con lentitud la vuelta hacia el lugar.

El día tocaba á su término; las crestas de las montañas que cerraban el horizonte se veían doradas por el sol ya oculto, y tras él se precipitaban las nubes en torbellinos de fuego.

La sombra iba venciendo á la luz.

Sin comprender la causa, el joven sentía dentro de su alma una confusión extraña; nubarrones pesados de tristeza empañaban su espíritu. Perseguía con la mirada las nubecillas negruzcas que cruzaban el cielo cobrizo, y, como ellas, hubiera querido huir á las regiones misteriosas y lejanas en donde el sol se oculta.

Y la sombra vencía á la luz.

El padre del enfermo silbaba una canción monótona, igual, que iba cambiando de matiz á medida que variaba el paisaje. La brisa ligera hacia rodar las amarillentas hojas caídas de los árboles; á veces un soplo más vigoroso balanceaba sus negras ramás.

Y la sombra vencía á la luz.

En la lejanía, sobre la cresta de un monte, dos arbolitos raquíticos cantaban bajo el cielo rojizo su abandono y su desolación; en un montón de paja encendida junto á una choza escapaba el humo recto y retorcido como una columna salomónica.

Del choque de las sensaciones vagas y confusas que experimentaba el enfermo, salía algo que como esas nieblas que aparecen al amanecer en los ríos, una enorme tristeza, una pesada melancolía.

Y la sombra vencía á la luz.

En aquella hora, ante el espectáculo de la agonia de la tarde, el joven sintió frío y sintió la inquietud de su fin próximo.

—¡Padre mío! ¡Dios mío!—gritó.

Y la sombra vencía á la luz y la sombra caía sobre su corazón como nube de plomo...

Las estrellas pardeaban en el alto cielo; el camino, al reflejar su luz tenue, tomaba un brillo de plata de obscuro tono; el campo se extendía negro y triste como un mar sin olas, lleno de murmullos y de inquietudes.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! no olvidéis vuestra promesa.

Y la sombra vencía á la luz y la sombra caía sobre su corazón como una nube de plomo.

Todavía quedaba en el poniente la suave claridad del sol.

—¡Dios mío!—volvió á gritar el enfermo con voz débil, y murió. Una estrella corrió por el cielo dejando una brillante ráfaga luminosa...

Hubo un tiempo glorioso en que Él nos oía, y las imágenes de las vírgenes y de los santos se nos aparecían en las grutas de la tierra y en las olas del mar; pero como es cierto que estamos en la decadencia y que caminamos á la perdición, ya no nos atiende.

Los hombres en su jaula han gemido, han rezado, han gritado tanto, que han vuelto sordo al amo, al amo de la jaula. Por eso no nos oye.

Pío BAROJA.

LIBROS

La Biblia del Amor (Aventuras galantes), por Jacobo Casanova.

Basta el título para recomendar la obra. *La Biblia del Amor* debe ser leída por todo enamorado. El libro del Sr. Casanova es un libro de recreo y de enseñanza. Hay en sus páginas mucho que aprender. El Sr. Casanova merece el título de maestro en el Amor. Y la casa Lezcano, que ha publicado la obra, es merecedora de toda clase de elogios. Tan interesante libro cuesta sólo una peseta. Lectores: ¡hay que comprarlo!

Don Bernardo Rodríguez Serra, editor con más talento que muchos llamados escritores, ha enriquecido su Biblioteca de Filosofía y Sociología con un nuevo volumen, *El derecho al producto íntegro del trabajo*, por Antonio Menger, versión castellana de Adolfo Posada.

Este libro, así como los demás publicados por dicha Biblioteca, se hallan de venta en todas las librerías, al precio de dos pesetas.

El inteligente editor Valero Díaz ha publicado, correctamente traducido al castellano, el hermoso drama de Tolstói, *El Poder de las tinieblas*, representada recientemente por Zacconi en el teatro de la Comedia.

Precio: Una peseta.

Una enhorabuena es ya una opinión. Pues bien, reciba el Sr. Pérez Carrasco, la enhorabuena de DON QUIJOTE, por su hermoso libro *Los Oprimidos*.

¡Así se escribe, así se debe escribir!

Al libro *Los Oprimidos* acompaña un prólogo de Alejandro Lerroux.

¡Miel sobre hojuelas!

ANUNCIOS HUMORISTICOS

—¡Por qué se ha reconciliado la reina Guillermina, de Holanda, con su regio esposo?—Porque éste la ha regalado una caja de guantes de *Las Calatravas, Alcalá, 25*.

—En toda mesa elegante se ve el *Vino Valgañón*. ¿Por qué? Porque es el mejor vino del mundo. De venta en la *Bodega del Salón, Caballero de Gracia, 56*.

—Habrá que dudar del progreso si no existiese *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13*.

—Sólo he sido una vez feliz—decía un gran artista—, el día que probé el aguardiente *El Hurón*. ¡Porque, señores, ese sí que es un aguardiente!

—La fotografía es un gran arte cuando se hacen retratos tan admirables como los que hace *Jiménez, Cruz, 19*. ¡Me río yo de Madrazo!

—¡Qué elegancia! ¡Qué gusto! ¡Qué arte! (Comentarios del público visitando el gran almacén de muebles de *A. Vallejo, Alcala, 17*.)

—Para ginebra exquisita la ginebra *El Ancla*. Así opinan todos los buenos bebedores, «desde el clérigo al seglar».

—Desde Eya hasta la Pino—¡vaya un salto!—todas las mujeres distinguidas han comprado sus guantes en casa de *G. Zurro, Carretas, 14*.

—Toda persona que se estime debe llevar un reloj de la gran relojería de *Luis Ulled, Hortaleza, 58*. ¡Como que allí se venden los mejores relojes del mundo!

VINOS DE RIOJA

Tinto fino.....	0,50 botella.
Clarete superior.....	0,60 »
Rioja Medoc.....	0,75 »

En botellas con malla precintada.

SAN MATEO, 15, «BODEGA RIOJANA»

FRANCES, INGLES Y ALEMAN

Enseñanza de viva voz de dichos idiomas por profesores naturales de los respectivos países. Sistema con ilustraciones, único en España.—Clases generales, 10 pesetas mensuales.

Ecole Moderne de langues vivantes.

CABALLERO DE GRACIA, 22, PRAL.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA
Plaza de Santa Ana, núm. 1.
Sucursales, Fuencarral, 102, y Preciados, 7.
VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas.

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.